

SAN SATURNINO, OBISPO Y MÁRTIR

Día 29 de noviembre

P. Juan Croisset, S.J.

Siempre fue venerado San Saturnino como uno de los más ilustres mártires de la Iglesia galicana. Fue compañero de San Dionisio Areopagita en la conquista espiritual de aquel vasto país, que algún día había de ser el escudo de la fe, el asilo de la virtud y el protector de la autoridad de la Iglesia. Acompañóle hasta Arles: desde allí pasó á Tolosa, donde, habiendo hallado los ánimos más dispuestos para recibir el Evangelio que los había encontrado en Carcasona, donde al principio había hecho alguna mansión, tardó poco en juntar un pequeño rebaño, que reconoció por su pastor á Jesucristo. Por esta razón erigió una iglesia al lado del Capitolio, en la cual predicaba la divina palabra, administraba los sacramentos, y ofrecía al Señor el incruento sacrificio del Altar. Luego que le pareció que aquella tierna iglesia se hallaba ya en estado de mantenerse y de acrecentarse por sí misma, sin tener necesidad de su presencia, determinó llevar más adelante sus conquistas. Dejó en Tolosa á San Papoul para que prosiguiese en el ministerio apostólico, y él se encaminó á Pamplona, donde con la eficacia de su predicación, con la multitud de sus milagros y con la santidad de su vida convirtió á cuarenta mil personas. La santa iglesia de Toledo tiene por cierto que también se extendió hasta aquella ciudad su ardiente celo por la salvación de las almas. Dos años se detuvo en Pamplona Saturnino, donde obró tantas maravillas, hizo acciones tan heroicas, que millares de idólatras abrieron los ojos á la luz del Evangelio; pero, habiéndose suscitado en este tiempo un sedicioso tumulto en Tolosa, en que padeció

glorioso martirio San Papoul, informado San Saturnino de esta novedad, juzgó necesaria su presencia en aquel pueblo para que el rebaño fiel, que había quedado sin pastor, no fuese presa de los lobos carniceros. Partió, pues, en diligencia, llevando consigo la serenidad y la alegría, porque, con la persecución de los gentiles y con la muerte de San Papoul, todo el país estaba cubierto como de una espesa nube de turbación, de terror y de tristeza. Luego que vieron á Saturnino, cobraron todos nuevo aliento, y, teniendo á su frente un caudillo tan experimentado, no temían ya los insultos de sus enemigos los paganos. No se podía ir á la iglesia de los cristianos sin pasar por delante del Capitolio, donde estaba el templo de los ídolos ; y, como era preciso que Saturnino frecuentase aquel camino, sola su presencia bastó para que enmudeciesen los demonios que residían en el templo, para que callasen los oráculos y para que desapareciesen del todo los prestigios y las ilusiones que se veían en él, sin que, al parecer, se mezclase en nada nuestro Santo. Quedaron atónitos los sacerdotes de los ídolos á vista de aquel silencio; examinaron la causa, y, después de muchos discursos, sólo la pudieron atribuir á alguna maniobra de los cristianos. Habiendo observado los frecuentes viajes que hacía Saturnino por delante del Capitolio, depositario de sus mentidas deidades, se persuadieron á que ésta era la verdadera causa del silencio de sus dioses, sin considerar que era mucha necedad temer á unos dioses tan cobardes, que ellos mismos temían á vista de los cristianos, y no respetar á aquel que se hacía tan temible á sus mismas imaginarias deidades. Esto mismo los ponía á la vista el desengaño para conocer la vanidad y la ridiculez de sus ídolos, pues no había cosa más natural que este discurso. El Dios de los cristianos hace enmudecer á nuestros dioses sólo con la presencia de sus siervos; luego es más poderoso que todos ellos. Sin duda que aquel Señor debe ser muy terrible, y que las potencias infernales que nos tienen

engañados saben muy bien que son obras de sus manos; pues cuando no conozcamos que son víctimas de su justicia, estamos tocando con las manos que no pueden resistir á su poder. Para acreditar la superioridad de Este, no se contenta con dominarlas por sí mismo, pues las sujeta, las avasalla y las encadena con sola la presencia de los que le adoran y le sirven. Así parece que debían de discurrir naturalmente aquellos infieles, pero no discurrieron así; antes bien, para reparar el honor de sus dioses, que, á su modo de entender, consideraban ultrajado, determinaron sacrificarles por víctima al mismo Saturnino. Pasaba el Santo, según su costumbre, por el Capitolio, para ir á la iglesia de los cristianos, y, aprovechando la ocasión, se echaron sobre él y lo condujeron al mismo Capitolio. Al punto le rodeó una multitud de idólatras para vengar la afrenta de sus ídolos: quisieron obligarle á que les ofreciese sacrificio; pero el Santo les respondió con serenidad, y no sin gracia: *Yo me guardaré bien de adorar ni de temer á los que me temen y me respetan á mí;* añadiendo después: *no reconozco más que á un solo Dios verdadero, al cual ofrezco cada día sacrificio de alabanzas. Vuestros ídolos (lo sé muy bien) son unos infelices demonios, á los cuales ofrecéis vanamente la sangre de animales, ó, mejor dicho, la muerte de vuestras almas.* Menos era menester para enconar aquellos ánimos irritados ya con el silencio de sus dioses. Excitóse en el templo un gran tumulto, y en un instante se vio cubierto de heridas Saturnino. Un sacerdote de los gentiles le atravesó la espada por el cuerpo; después le ataron por los pies á la cola de un toro feroz, que por casualidad se había traído al templo para ser sacrificado; y, para irritar más al enfurecido bruto, le agarrochaban con todo género de instrumentos. Tomó carrera con ciego furor la ensangrentada fiera, y, despeñándose por las elevadas gradas del Capitolio, desde la primera dio tan terrible golpe la cabeza de Saturnino, que, abierto el cráneo y saltando fuera los

sesos, expiró en el mismo instante, pasando de esta manera al Reino de Dios en el Cielo el que tanto había extendido el de Jesucristo en la Tierra. Prosiguió el indómito animal arrastrando el cuerpo de nuestro Santo; de manera que por todas partes iba siguiendo el precioso riego de su sangre, y por todas quedaban esparcidas sus entrañas con varios trozos de sus despedazados miembros. Llegó el toro al llano que está fuera de los arrabales; en él rompió la cuerda á que estaba amarrado el santo cuerpo, y allí se quedó el glorioso cadáver. Consternados los cristianos de Tolosa, no tuvieron valor para levantarlo y darle sepultura, hasta que una animosa mujer tuvo espíritu para tributarle este piadoso deber, despreciando el peligro que la amenazaba. Acompañada únicamente de una criada suya, fueron al campo donde yacían las reliquias del santo cuerpo, abandonadas al arbitrio de los brutos y de las fieras; recogieron los miembros esparcidos, encerrándolos en una caja de madera, y ocultamente los sepultaron en un hoyo muy profundo para ocultarlos á la noticia de los gentiles, quitándoles la gana y la ocasión de descubrirlos y de profanarlos. Con el tiempo fueron descubiertas las preciosísimas reliquias, y hoy se conservan en una rica urna de oro y plata que costeó la piedad y la magnificencia de la ciudad de Tolosa.

La Misa es en honor de San Saturnino, y la oración la siguiente:

i Oh Dios, que nos concedes celebrar con alegría el día en que tu bienaventurado mártir y pontífice Saturnino nació á nueva vida en el Cielo! Concédenos también los auxilios que te pedimos por sus merecimientos. Por Nuestro Señor, etc.

La Epístola es del cap. 12 de la del apóstol San Pablo á los romanos.

Digo, pues, por la gracia que me ha sido dada, á todos los que están entre vosotros, que no sepan más de lo que conviene saber, sino que sepan con moderación y según la medida de la fe que repartió Dios á cada uno. Porque, así como en un cuerpo tenemos muchos miembros, y no todos los miembros tienen el mismo oficio, de la misma manera, entre muchos, hacemos un cuerpo en Cristo, y cada uno es miembro del otro.

REFLEXIONES

A todos, sin excepción, os advierto que no os estiméis á vosotros mismos más de lo que es razón, ni os tengáis en más de lo que sois. Para reformar el corazón da principio el Apóstol recomendando la humildad. Esta es á un mismo tiempo el fundamento y como la corona de todas las virtudes; á ella la deben su solidez y su esplendor. A todos, sin excepción, la encomienda. El más elevado tiene necesidad de ella para preservarse del veneno de la vanidad. Siempre hay peligro de que se le vaya la cabeza al que anda por sitios muy altos. Es necesaria al hombre más desconocido, para ayudarle á llevar el peso de la humillación. No siempre los más humillados suelen ser los más humildes: sufriendo con humildad los menosprecios te haces digno de alabanza, al mismo tiempo que la vanidad en la elevación te haría menospreciable. El origen más común de los disgustos que se padecen y de los que se causan á los demás en el comercio humano, es la demasiada merced que cada uno se hace á sí mismo. De aquí nacen aquellos orgullosos deseos de ser respetados de todos, y aquella delicadeza, aquel resentimiento en la menor atención á que se nos falte; aquellas eternas quejas de lo poco que se atiende al imaginario mérito; aquel desprecio con que se trata á los otros, y de que éstos seguramente saben vengarse á su tiempo. Muchas veces sería uno más feliz sólo con que se estimara menos á sí mismo; y, para estimarse menos á

sí mismo, bastaría un poco de conocimiento propio. Cuando no hubiera más que los peligros á que nos expone el orgullo, esto solo debiera bastar para humillarnos.

El Evangelio es del cap. 10 de San Mateo.

MEDITACIÓN

De los motivos particulares para una conversión pronta y eficaz.

PUNTO PRIMERO.—Considera que el deseo de convertirse, por lo común, sólo es nuevo motivo de condenación cuando no está acompañado de una conversión efectiva y actual. Mientras no se pasa del deseo de convertirse, no se convierte. Conozco que tengo absoluta necesidad de convertirme: mis máximas, mi vida, mi conciencia, todo me está gritando que me es necesaria la conversión, que me es indispensable la reforma. Los desórdenes de mi juventud, los excesos de la edad más avanzada, los hábitos viciosos, las inveteradas costumbres, las malas confesiones, las frecuentes recaídas, todo esto me hace visible que es urgentísima la necesidad de convertirme. No, me quisiera morir sin haberlo hecho. Muchas veces lo he pensado hacer; pues ¿por qué no lo hago? ¿Temo acaso que sea demasíadamente presto si lo hago desde luego? ¿Puedo hacer cosa mejor? Y, por presto que lo haga, ¿no será ya demasiado tarde? ¿Me arrepentiré jamás de haberlo hecho? ¿Podré hacerlo nunca con más facilidad que ahora? Cuanto más lo dilate, más me costará, mayores dificultades tendré que vencer. Se multiplicarán los lazos, y ha de ser más dificultoso romperlos. Si lo hago hoy, ¡qué gozo tendré mañana, pasado mañana! ¡Qué consuelo toda mi vida! ¡Con qué gusto me acordaré de este afortunado día! ¡Ah, que acaso será este día el único que

tendré ya para convertirme, acaso será el día de mi salvación! En mi mano está que lo sea. Pues ¿en qué me detengo? ¿En qué dudo? Si este día no es el de mi salvación, ¿quién me puede asegurar que lo será otro? ¿Quién me puede asegurar que no sea el de mi reprobación, el de mi condenación eterna?

PUNTO SEGUNDO. — Considera que para convertirnos tenemos al presente unos medios que quizá jamás los volveremos á tener. Para la conversión es preciso tener tiempo, gracia y voluntad de hacerla. Ahora tengo este tiempo, tengo salud, tengo esta gracia, pues Dios me la está ofreciendo. Estas inspiraciones que me da, estas mismas reflexiones que estoy leyendo, estas mismas verdades que estoy meditando, todo esto, en alguna manera, me promete aquella gracia. Sólo, pues, me falta la gana, la sincera voluntad. Y bien; pues ¿por qué no la tendré? ¿Se necesita de un confesor, de un director sabio, prudente y celoso para convertirse? No hay cosa más fácil que tenerle ahora. ¡Mira cuántos medios juntos se te proporcionan al presente, que acaso nunca volverás á lograr! ¡Cuántas circunstancias favorables, que no concurrirán quizá en algún otro día! Todo conspira ahora para que me convierta; sólo yo me resisto á mi conversión. El Señor me colma de bienes, y iyo he de proseguir en ofenderle! El Señor me castiga, y iyo he de continuar en irritarle! Tengo salud; pues no hay tiempo más oportuno para trabajar en el negocio importante de mi eterna salvación. Estoy achacoso; pues qué, ¿he de aguardar á la muerte para hacer penitencia?

i Ah, Señor! No permitáis que de nada me sirvan estas reflexiones. Conozco, veo, palpo la indispensable necesidad que tengo de convertirme; Vos me apretáis hoy para que lo haga. ¡Y me resistiré todavía a vuestra gracia! ¡Y no estaré de ese parecer! No, Dios mío, resuelto estoy, y así lo declaro. Quiero eficazmente

convertirme desde este mismo punto: dignaos otorgarme esta gracia.

JACULATORIAS

Desde este momento comienzo, Señor, á emprender una nueva vida: reconozco la mano del Altísimo en la mudanza que experimento.— *Ps. 76.*

Convertidme, Vos, Dios mío, y yo me convertiré.— *Jerem., 31.*

PROPÓSITOS

1. Todos convienen en que tienen necesidad de convertirse; ninguno se quisiera morir sin haberse convertido; y, con todo eso, pocos son los que se convierten. Comprende, si puedes, esta paradoja; pero considera también si cabe mayor locura, si es posible más insigne necesidad. Pues no quieras dar con tu proceder una nueva prueba de esta insensatez. Por lo menos ve luego á buscar un santo, sabio y prudente confesor: declárale tu resolución de hacer una dolorosa confesión general, para que este paso sea al mismo tiempo prueba y como empeño de tu conversión. No le dilates para otro día. En negocio de tanta importancia, toda dilación es peligrosa. Empeña después á la santísima Virgen, poderosa Abogada de los pecadores; al Ángel de tu Guarda, y á los santos de tu devoción, rezándolos alguna cosa, para que con su intercesión te ayuden y promuevan esta grande obra.

2. Por ajustada que sea tu vida, todavía no dejará de tener necesidad de alguna reforma: da principio á ella desde luego. Examina seriamente delante de Dios todo lo defectuoso y reprehensible que se halla en ti, la

tibieza y aun la negligencia en el cumplimiento de tus obligaciones, en los ejercicios espirituales, en tus devociones y buenas obras. Apenas hallarás una en que no tengas algo que reformar, que corregir y que perfeccionar. Apunta aquellas cosas que lo necesitan, y pon desde hoy manos á la obra. ¡ Oh, y qué dichoso será este día para ti si fuere el día de tu perfecta conversión!